

SOBRE UN SIMBOLO POLITICO MEDIEVAL: LA SANTA CORONA

Nelly Ongay

La Santa Corona o Corona del Imperio, por la excelencia de su simbolismo, se conserva en el Kunsthistorisches Museum Weltliche Schatzkammer de Viena.

Los ricos y significativos elementos que la constituyen pueden valorarse gracias al detallado y profundo análisis y a las originales interpretaciones efectuadas por los estudiosos alemanes Schramm y Decker-Hauff¹, cuyas ideas fundamentales recogemos aquí; ellas permitirán comprender uno de los signos característicos de poder en la Edad Media así como también advertir su jerarquización en el campo de las ideas políticas medievales².

1 Schramm, P. E. y H. Decker-Hauff: Herrschaftszeichen und Staatssymbolik, en Mon. Ger. Hist., XIII, Stuttgart, 1954-1956. Cit. por García-Pelayo, Manuel: El Reino de Dios, arquetipo político. Madrid, 1959, p. 141.

2 Cfr. Ullmann, Walter: Historia del pensamiento político en la Edad Media. Barcelona, 1983, p. 9; Folz, Robert: L'idée d'Empire en Occident du Ve. au XVe. siècle. Paris, 1953, p. 6; Le Goff, Jacques: Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval. Barcelona, 1985, p. 168; Kantorowicz, Ernest H.: LOS DOS CUERPOS del rey. Un estudio de teología medieval. Madrid, 1985, p. 320.

Desde la perspectiva actual, la Santa Corona es un instrumento gnoseológico profundamente revelador de la realidad política de una época.

La Corona y su simbolismo

Según los ritos de coronación medievales, La Corona, "signum sanctitatis", "res sacra o sancta" -ante la cual podía prestarse juramento al igual que ante la cruz, el Evangelio, el altar o las santas reliquias-, pertenecía a Dios y se interpretaba que con ella se trasmitía al rey los dones y virtudes del Espíritu Santo. Era, pues, trasmisora del poder de Dios y a El debía revertir al final de los tiempos³.

Dichos ritos insisten además en que la Corona está destinada al monarca "preelectus", "accipe coronam a Domino Deo tibi praedestinata"⁴, estableciéndose así un vínculo entre el cielo y la tierra que determinaba la legitimidad de la autoridad trasmitida.

Al simbolismo de santidad, se agregaba el significado de justicia, de fortaleza, de victoria, de gloria y de gobierno supremo⁵. En mayor grado que las demás insignias era la imagen visible de un poder "originario, misterioso, mayestático y tremendo"⁶; por ello, mediante su imposición sobre la cabeza del rey durante la lectura de las fórmulas rituales, éste se hacía partícipe del poder en ella contenido.

Este complejo simbolismo ha sido develado gracias a estudios minuciosos, análisis comparativos que trascienden las fuentes tradicionales de lo político para internarse en la Historia del Arte, la Antropología, la Historia de las Religiones o la Teología Política, entre otras. Su rastreo

3 García-Pelayo, Manuel: El Reino, p. 111.

4 García-Pelayo, Manuel: Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político. Madrid, 1968. p. 20, nota 17.

5 Ullmann, W. ob. cit. p. 60.

6 García-Pelayo, M. Del mito, p. 24.

conduce a un conjunto de ideas político-religiosas enraizadas, en mayor o menor medida, en casi todos los pueblos de la Antigüedad y conforman lo que ha sido llamado el pensamiento político mítico, precedente del racionalizado⁷.

El mundo medieval recibió ese conjunto de ideas después de su asimilación y transformación por las dos instituciones que, en lo político, ejercieron un papel predominante en los siglos de gestación de su pensamiento: el Imperio romano y la Iglesia.

Para Roma -influida por el pensamiento mítico de los pueblos greco-orientales que había conquistado todo lo en la tierra está ordenado lo es en cuanto imagen, proyección y parte del orden cósmico visible mediante determinados ritos, lugares, personas y objetos dotados de fuerza santa. Así, la legitimidad y firmeza del orden político se asentaba de manera especial sobre las insignias, entre ellas, la más importante era la Corona, imaginada como la condensación material de la luz (inteligencia) y el poder cósmico. Esta, en cuanto objeto santo que contenía el poder, lo trasmitía a cada uno de sus portadores. De este modo, el acto de la coronación del nuevo rey se constituía en un momento trascendental pues se lo interpretaba como la repetición del acto primigenio-fundacional del orden político⁸.

Por los estudios del historiador húngaro Alföldi se conoce el origen y la forma de la Corona utilizada desde la época helenística, ya que los griegos -hasta Alejandro- permanecieron ajenos a estas ideas. Desde entonces se utilizó la Corona radial nacida de la asociación de la diadema con el "hvareno" iranio (luz-fuego), identificado con Mitra y con el sol⁹.

Los romanos, a su vez, sólo a partir de los Severos utilizaron estos símbolos con el agregado importantísimo

7 Id. p. 13.

8 Id. p. 16.

9 Alföldi, A.: Insignien und Tracht der römischen Kaiser, en Römische Mitteilungen, 50, 1953, cit. por García-Pelayo, M. p. 15-18.

de la identificación de la persona del emperador con el sol. Todo ello como consecuencia de un largo período de asimilación de ideas religiosas orientales que condujeron a la deificación de Roma, primero, y del emperador y su familia, después. De este modo, institucionalmente, el Imperio quedó constituido en una realidad sacro-política¹⁰.

Simultáneamente, el Cristianismo se había expandido silenciosa y profundamente en ese Imperio. Sus principios político-religiosos -a partir de un Dios único, fuente de todo poder, justicia y misericordia- eran totalmente contrapuestos a los de los romanos. Si bien los cristianos eran respetuosos del orden político romano (San Pablo y San Pedro, en sus epístolas son claros al respecto) consideraban que aquél que detentaba el poder lo hacía en nombre de Dios¹¹. Por tanto, reconocían la autoridad del emperador romano y lo respetaban pero se negaban a aceptar su carácter divino y, en consecuencia, a adorarlo como a un dios tal como lo establecía su culto. Estas diferencias fundamentales no podían sino provocar un enfrentamiento entre el Cristianismo y el Imperio. Pues, como expresa García-Pelayo: "Roma fue liberal en materia de religión, pero no así en materia política... si bien en Roma cabían distintos cultos, sólo el emperador y su culto daban unidad y fortaleza al Imperio"¹².

Durante esta penosa lucha de "fidelidades" ("fides" a Cristo-"fides" al César), se ordenaron los principios del pensamiento político del Medioevo. Es el período de "cristianización" de los símbolos imperiales y de "politización" de los cristianos. Cristo, cuya imagen ha sido politizada, se convierte en la antítesis del emperador romano. Cristo es el único Rey o Emperador verdadero, fuente de la auténtica "maiestas", sujeto originario de las insignias -llenas ya de referencias bíblicas- mientras que los reyes terrenales gobiernan y poseen estos símbolos de poder en calidad de vicarios del verdadero Dios.

10 García-Pelayo, Manuel: El Reino, p. 20-21.

11 Rom., 13, 1-7; I Pe., II, 13-17.

12 García-Pelayo, El Reino, p. 23.

La iconografía y la liturgia nos muestran cómo la Corona imperial es uno de los supuestos de la legitimidad política del vicariato de Cristo. La liturgia bizantina es clara y precisa al respecto, al mostrarla como el símbolo capital del Imperio -superior al cetro y a las demás insignias-. El patriarca la imponía físicamente, pero "inspirado" por Cristo o por el Espíritu Santo o bien, en nombre de Dios o de la Trinidad. Expresión acabada de esta vinculación entre la autoridad derivada de Dios y la Corona son las palabras que se pronunciaba cuando se inhumaba al emperador bizantino: "¡Entra, emperador: el Rey de reyes y Señor de señores te llama. Depón la Corona de tu cabeza!"¹³.

La síntesis de esta multiplicidad de elementos pero con prevalencia de los cristianos acuñados durante los siglos V y VI, nos dará la figura del gobernante alto-medieval que muestra en sus preocupaciones de gobierno y en el uso de símbolos, el pensamiento de unidad entre el reino de Dios y el reino de la tierra.

La Santa Corona Imperial

Estamos ante la "triumfal Corona del Imperio", como expresa el papa Juan XII en el privilegio concedido a Otón I el 12 de febrero del 962 para continuar su obra evangelizadora al este del Elba. Corona Santa, cuyo simbolismo es tan elevado que por sí misma puede definir este Imperio que acaba de ser recreado. Con la sola riqueza de su significado, nos enseña qué sentido tenía la institución imperial en este siglo X.¹⁴ En efecto, siendo un instrumento gnoseológico nos da acceso a determinados presupuestos de la realidad política¹⁵.

13 Folz, Robert: La naissance du Saint-Empire. París, 1967, p. 36.

14 Id., p. 119.

15 García-Pelayo, M.: Mitos y símbolos políticos. Madrid, 1964, p. 136.

Merece que nos detengamos en una minuciosa descripción.

La Corona está formada por ocho placas de oro unidas por bisagras con pequeños clavos de oro rematados en una perla. Cuatro de estas placas son altas y están adornadas por perlas y piedras preciosas y las otras cuatro con las que se alternan son más bajas y presentan figuras reales esmaltadas, bordeadas de perlas y piedras.

El cierre superior está formado por un arco único que une la placa frontal alta con la contrapuesta. Este arco está constituido por ocho pequeñas placas semicirculares de bordes perlados. En la unión de éste y la placa frontal está colocada una importante cruz adornada de piedras en el anverso y con el Cristo Crucificado en el reverso.

Aunque la forma octogonal puede sugerir una influencia bizantina, Folz nos indica que la Corona tiene su propia originalidad, dada entre otros elementos por el arco único a manera de cresta de gallo (hasta el momento de confección de esta Corona, tanto las de origen bizantino como franco, estaban cerradas por dos arcos que se cruzaban en la parte superior). El arco único está atestiguado por la documentación iconográfica desde la época de Otón I correspondiendo también a este momento el agregado de la gran cruz frontal. De acuerdo con los estudios de Schramm, este detalle singular encuentra su explicación en el Antiguo Testamento donde se lee "le puso una corona de oro sobre la tiara"¹⁶. Este arco, entonces, permitía su colocación sobre la mitra cuyas dos puntas podían emerger así cómodamente por detrás de las placas. Debe agregarse que este arco, según antiquísimo simbolismo, significa el lugar en el cual la divinidad colocaba su trono. También era interpretado como el océano que divide el mundo¹⁷.

16 Ecles., 45, 14.

17 García-Pelayo, M.: El Reino, p. 141, nota 109. Originado en Bizancio fue hasta cierto punto normal el modelo de corona con dos o más arcos cruzados en cuya inserción se colocaba la cruz.

El plano octogonal -que recuerda el de la capilla de Aquisgrán- es también significativo pues resulta de la integración de dos cuadrados, figura ésta representativa del mundo espacial en el pensamiento de la época¹⁸. A su vez, el formado por las placas altas decoradas con perlas y piedras evocaría la Jerusalén Celeste de planta cuadrada según el Apocalipsis y el otro, bajo, con las figuras reales esmaltadas, representaría la Roma "quadrata", sede, cabeza del Imperio y ciudad del futuro¹⁹.

Con "certeza absoluta", nos dice Folz, La Corona, a pesar de llevar una inscripción donde se lee el nombre del emperador Conrado II (1027-1039), puede ser datada entre los años 950 y 962. El obispo Liutprando de Cremona, testigo de la ceremonia de coronación de Otón I cumplida en Roma el 2 de febrero del 962, nos dice que su jefe llegó a esta ciudad: "miro ornatu novoque apparatu", es decir con los vestidos y las insignias de poder con que se adornaría en ocasión tan solemne. No es exagerado pensar que, de ellas, la más preciosa sería la Corona, de belleza deslumbrante.

La raíz bíblica del pensamiento político religioso (que no ha cesado de acrecentarse desde la época carolingia) brinda la clave para la interpretación total del objeto que nos ocupa. No sólo su forma singular sino sus riquísimos adornos alcanzan una profunda significación a la luz de las Sagradas Escrituras.

El detenido análisis y comparación con dichas descripciones brinda una mejor comprensión de su riquísimo simbolismo.

Las dos grandes placas frontal y posterior presentan cuatro líneas de tres grandes piedras preciosas cada una, enmarcadas por perlas, las cuales son interpretadas como los doce Apóstoles, símbolo del fundamento de la Iglesia según el Apocalipsis (frente) y de las doce tribus de Israel (nuca)²⁰.

18 Delort, Robert: La vie au Moyen Age. Paris, 1982, p. 83.

19 Folz, Robert: La naissance, p. 53. Apoc., 21,16.

20 Id, p. 53; Ex., 28, 17 ; García-Pelayo, M. El Reino, p. 140.

En primer término, el formato y la disposición de las piedras de ambas placas conducen a la descripción del pectoral del sumo sacerdote detallada en el Exodo:

"Harás un pectoral del juicio artísticamente trabajado... Será cuadrado y doble...Lo guarnecerás de pedrería en cuatro filas. En la primera fila pondrás una sardónica, un topacio y una esmeralda, en la segunda, un rubí, un zafiro y un diamante; en la tercera, un ópalo, un ágata y una amatista; y en la cuarta, un crisólito, un ónice y un jaspe. Todas estas piedras irán engarzadas en oro, doce en número, según el número de los hijos de Israel."

En segundo lugar, el número total de perlas -que alcanza al 144- [doce veces doce] permite la comparación con pasajes capitales del Apocalipsis, y de manera especial, con la descripción de la Jerusalén celestial hecha en el Apocalipsis: "la lumbrera de ella era semejante a una piedra preciosa de jaspe, a manera de cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas doce ángeles, y los nombres escritos que son los nombres de las doce Tribus de los hijos de Israel... y la ciudad es cuadrada... y midió su muro, y tenía ciento cuarenta y cuatro codos, de medida del hombre, que era la del ángel."²² En la Santa Corona encontramos no sólo los preciosos adornos, número y disposición de aquella descripción, sino también la escala de colores dominantes: el azul de los zafiros, el verde de las esmeraldas, los tonos claros de los jaspes y berilos²³

Las figuras alegóricas de las placas bajas nos dan idea de la misión imperial que se espera sea cumplida

21 Id., p. 35; Ex., 28, 15-21; García-Pelayo, M. Id.

22 Apoc., 21, 16 Cfr. Adão da Fonseca, Luis: La Cristiandad Medieval. En Historia Universal, E.U.N.S.A. T. V, Pamplona, 1985, p. 199.

23 García-Pelayo, M.: El Reino, p. 140; Folz, Robert: La naissance, p. 53.

a imagen de las cualidades que adornaron a los reyes bíblicos en ella representados. Allí están presentes: David, el gran rey inspirado; Salomón, el sabio y justo y Ezequías, rey de Judá a quien el Señor concediera quince años más de vida para que pudiese liberar a su pueblo de los Asirios de Asaradón²⁴. El profeta Isaías, quien tuvo la visión del Pantocrator con los dos serafines, es el cuarto personaje²⁵. La figura del rey Ezequías es "absolutamente inhabitual" en las representaciones de la época, nos indica R. Folz y, en consecuencia, se pregunta si habría que pensar en la grave enfermedad que padeció Otón en el año 957 que sin duda produjo tanta alarma en la corte como para que se dejara constancia escrita de la misma²⁶. Esta circunstancia brinda un aspecto de apoyo suplementario para la datación de la Corona como lo ha propuesto el mismo autor.

Por su forma y por la riqueza de detalles representativos (sabiamente elegidos), la Corona bien merece el título de "signo de gloria" que se halla en el ritual de consagración imperial y más aún "signo de santidad", como se la califica en una antigua fórmula del ceremonial de la realeza alemana.

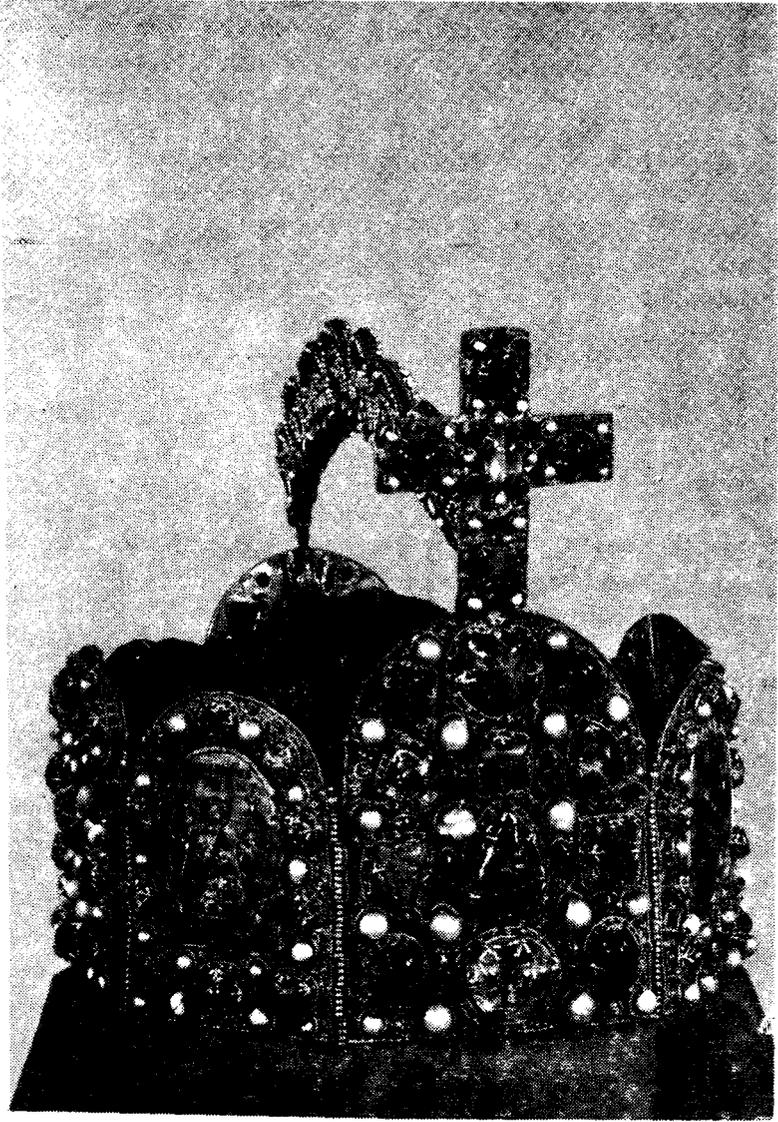
Es el símbolo político-religioso que distingue a quien la ciñe entre todos los reyes. Recuerdo del pasado y anuncio del futuro al proclamar los nombres de Jerusalén y Roma; símbolo del triunfo del Cristianismo y la Ciudad Celeste.

Expresión magnífica de la idea que Otón el Grande tenía acerca de su misión imperial, al igual que Carlomagno de quien se consideraba el legítimo sucesor: instrumento de Cristo para gobernar el Imperio, difundir la fe cristiana, hacer reinar la justicia y la paz. Ese Imperio que era

24 Is., 38, 1-5.

25 Is., 6, 1-3 García-Pelayo a diferencia de R. Folz indica que las figuras representadas son el Cristo Majestad y tres reyes bíblicos, El Reino, p. 141.

26 Folz, Robert; La naissance, p. 54.



La Santa Corona Imperial.
Kunsthistorisches Museum. Viena

considerado uno de los eslabones de la historia general de la salud de los hombres²⁷ insertado en la larga vida de lucha entre la primera y la nueva Jerusalén.

En la Edad Media, la Corona es, pues, la expresión de ideas profundas y auténticas de una época: signo, además, de aspiraciones y objetivos imposibles de aprehender de otro modo. Para los representantes del Santo Imperio, el verdadero gobernante es Cristo: ellos sólo son los primeros y humildes servidores de la Iglesia en el orden temporal.

27 Id.